Federico Engels

Correspondencia

Carta a AUGUSTO BEBEL En Hubertusburg

Londres, 20 de junio de 1873

Contestaré primero a su carta, pues la de Liebknecht se halla todavía en poder de Marx, y en estos momentos no puede encontrarla.

No ha sido Hepner, sino la carta de York a Hepner, firmada por el Comité, lo que nos ha hecho temer aquí que vuestra detención fuese aprovechada por la dirección del partido, desgraciadamente toda ella lassalleana, para convertir el "*Volksstaat*" en algo parecido a un «honesto» "*Neuer Social-Demokrat*" . York ha confesado de plano que tal era la intención, y en vista de que el Comité se atribuía el derecho de nombrar y destituir a los directores del periódico, el peligro ha sido, indudablemente, muy grande. El inminente destierro de Hepner dio aún más fuerza a estos planes. En tales circunstancias, era preciso que conociéramos la situación con toda exactitud. He aquí la razón de esta correspondencia...

Desde luego, usted puede juzgar mejor que nosotros cuál es la táctica que más le conviene al partido, sobre todo en los casos particulares, en lo que respecta a su actitud ante el lassalleanismo. Pero también debe ser tenido en cuenta lo siguiente. Cuando se encuentra uno, hasta cierto punto, en la situación de competidor con la Asociación General de Obreros Alemanes --como es el caso de ustedes--, puede ocurrir fácilmente que se conceda demasiada atención al adversario y se adquiera la costumbre de pensar siempre y ante todo en él. Pero la Asociación General de Obreros Alemanes y el Partido Obrero Socialdemócrata aún constituyen, juntos, una minoría insignificante de la clase obrera alemana. Nuestra opinión, confirmada por una larga experiencia, es que una buena táctica de propaganda no debe proponerse arrebatar aquí y allí al adversario algunos militantes aislados o algunos grupos de militantes, sino influenciar a las grandes masas que todavía no se han incorporado al movimiento. Un solo individuo arrancado por nosotros a la masa virgen vale más que diez tránsfugas lassalleanos, que siempre traen al partido gérmenes de sus concepciones erróneas. Si lográsemos conquistar únicamente a las masas, sin sus *dirigentes locales*, la cosa no estaría mal. Por desgracia, siempre tenemos que aceptar además a un montón de líderes de esta clase, prisioneros de sus antiguas declaraciones públicas, cuando no de sus antiguos puntos de vista, y que ahora quieren demostrar por encima de todo que no han abjurado de sus principios, sino que, por el contrario, es el Partido Obrero Socialdemócrata quien predica el *verdadero* lassalleanismo. Esta fue la desgracia ocurrida en Eisenach , inevitable tal vez en aquel entonces, pero no cabe duda de que todos esos elementos causaron daño al partido; y no estoy muy seguro de que sin su incorporación el partido tendría hoy menos fuerza de la que tiene. En todo caso, creo que sería una desdicha el que esos elementos recibieran refuerzos.

No hay que dejarse engañar por los gritos de «unidad». Precisamente los que más abusan de esta consigna son los primeros en provocar disensiones; así ocurre con los actuales bakuninistas del Jura suizo, que han sido los instigadores de todas las escisiones y que por nada claman tanto como por la unidad. Estos fanáticos de la unidad, o bien son hombres de cortos alcances que desean mezclarlo todo en una masa indefinida, a la que basta dejar que se sedimente un poco para que se exacerben aún más las contradicciones de todos esos elementos que ahora se encuentran metidos en un mismo puchero (en Alemania tienen ustedes el excelente ejemplo de los señores que predican la reconciliación de los obreros con los pequeños burgueses); o bien se trata de personas que, consciente o inconscientemente (como Mülberger, por ejemplo), quieren desvirtuar el movimiento. Por eso, los sectarios más inveterados y los peores intrigantes y aventureros son los que en ciertos momentos más ruido arman en torno a la unidad. En lo que llevamos de vida nadie nos ha proporcionado tan grandes disgustos ni nos ha jugado tan malas pasadas como esos ruidosos predicadores de la unidad.

Es lógico y está muy bien que toda dirección de partido busque éxitos en su trabajo. Pero hay circunstancias en las que se debe tener el valor de renunciar a los éxitos *inmediatos* en aras de cosas más importantes. Sobre todo

un partido como el nuestro, cuyo éxito final está plenamente asegurado y cuyo crecimiento en nuestra época y ante nuestros propios ojos ha sido tan gigantesco, no necesita, siempre y en todas las condiciones, obtener éxitos inmediatos. Tomemos el ejemplo de la Internacional. Después de la Comuna logró éxitos enormes. Los burgueses, muertos de miedo, la creían omnipotente. La gran masa de militantes de la Internacional pensaba que las cosas iban a continuar así eternamente. Nosotros sabíamos perfectamente que el globo *tenía* que reventar. Gente de lo más despreciable se había adherido a la Internacional. Los sectarios que se hallaban en sus filas se aprovecharon abusivamente de su condición de miembros de la Internacional y llegaron en su desfachatez a suponer que se les iba a tolerar las más grandes necedades y vilezas. Pero nosotros no lo toleramos. Sabiendo perfectamente que el globo tenía que reventar algún día, procuramos no aplazar la catástrofe y lograr que la Internacional saliese de ella limpia e incorrupta. El globo estalló en La Haya , y ya sabe usted que la mayoría de los miembros del Congreso regresó a sus casas profundamente desilusionada. Pero estos decepcionados, que se imaginaban que en la Internacional hallarían el ideal de la fraternidad y la reconciliación universales, provocaban casi todos ellos en sus organizaciones locales peleas mucho más graves de las que estallaron en La Haya. Ahora, los intrigantes sectarios predican la reconciliación y nos acusan de ser unos intratables y unos dictadores. Pero, ¿cuál hubiera sido el resultado si nosotros hubiésemos adoptado en La Haya una actitud conciliadora, si hubiésemos tratado de encubrir la escisión inminente? Los sectarios, esto es, los bakuninistas, habrían tenido un año más a su disposición para realizar en nombre de la Internacional estupideces e infamias aún mayores; los obreros de los países más adelantados se habrían apartado llenos de repulsión; el globo no habría estallado, se habría desinflado lentamente, asaeteado a alfilerazos, y el Congreso siguiente, en el que forzosamente tendría que haber estallado la crisis, se habría convertido en la más vulgar y escandalosa de las peleas personales, pues el sacrificio de los *principios* ya se habría realizado en La Haya. Pero entonces la Internacional habría muerto realmente, asesinada por la «unidad». En lugar de eso, nos desembarazamos honrosamente de los elementos podridos (los miembros de la Comuna que asistieron a la última sesión decisiva, decían que ninguna sesión de la Comuna les había producido una impresión tan terrible como aquella reunión encargada de juzgar a los que habían traicionado al proletariado europeo); durante diez meses les habíamos permitido que mintieran, calumniaran e intrigaran todo lo que quisieran, ¿y cuál ha sido el resultado? Esos supuestos representantes de la enorme mayoría de la Internacional declaran ahora que no se atreven a presentarse en el próximo Congreso (más detalles en el artículo que envío al "Volksstaat" al mismo tiempo que esta carta). Y si tuviéramos que hacerlo otra vez, procederíamos, en términos generales, de la misma manera; los errores tácticos, claro está, son siempre posibles.

En todo caso, estoy seguro de que con el tiempo los mejores elementos de entre los lassalleanos vendrán ellos mismos al partido, por lo que no sería razonable arrancar el fruto antes de que esté maduro, como pretenden hacerlo los grajos de la unificación.

Por lo demás, ya el viejo Hegel decía que un partido demuestra su triunfo aceptando y resistiendo la *escisión* . El movimiento proletario pasa necesariamente por diversas fases de desarrollo, y en cada una de ellas se atasca parte de la gente, que ya no sigue adelante. Esa es la única razón de que en la práctica la «solidaridad del proletariado» se lleve a cabo en todas partes por diferentes grupos de partido que luchan entre sí a vida o muerte, como las sectas cristianas del Imperio romano en la época de las peores persecuciones.

Tampoco debe olvidar usted que si, por ejemplo, el "*Neuer Social-Demokrat*" tiene más suscriptores que el "*Volksstaat*", eso se debe a que cada *secta* es necesariamente fanática, y gracias a ese fanatismo --sobre todo donde la secta es nueva, como ocurre, por ejemplo, con la Asociación General de Obreros Alemanes en Schleswig-Holstein-- consigue éxitos momentáneos mucho más importantes que el partido que representa simplemente el movimiento real, sin extravagancias sectarias. Por otra parte, el fanatismo es algo que no dura mucho.

Termino mi carta, pues va a salir el correo. Quiero añadir a toda prisa que Marx no puede emprenderla con Lassalle mientras no quede terminada la traducción al francés (probablemente a fines de julio); además, necesita descansar a toda costa, pues se encuentra muy fatigado....

NOTAS

F. Engels. "*En la Internacional*". (N. de la Edit.)

Se trata de la traducción del tomo primero de "*El Capital*". (N. de la Edit.)

54. "*Der Volksstaat*" («*El Estado del pueblo*»), órgano central del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (los eisenachianos), se publicó en Leipzig del 2 de octubre de 1869 al 29 de setiembre de 1876. La dirección general corría a cargo de G. Liebknecht, y el director de la editorial era A. Bebel. Marx y Engels colaboraban en el periódico, prestándole constante ayuda en la redacción del mismo. Hasta 1869, el periódico salía bajo el título "*Demokratisches Wochenblatt*" (véase la nota 94).

Se trata del artículo de J. Dietzgen "*Carlos Marx*. «*El Capital. Crítica de la Economía política*»", Hamburgo, 1867, publicado en "*Demokratisches Wochenblatt*", núms. 31, 34, 35 y 36 del año 1868.- 96, 178, 314, 324, 452, 455

238. "*Neuer Social-Demokrat*" («*El Nuevo Socialdemócrata*»), periódico alemán, se publicó en Berlín de 1871 a 1876. Organo de la Asociación General de Obreros Alemanes fundada por Lassalle. Sostenía una lucha contra la dirección marxista de la Internacional y el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán. Apoyaba a los bakuninistas y los representantes de otros partidos antiproletarios.- 299, 453, 455.

285. "*Asociación General de Obreros Alemanes*", organización política de los obreros alemanes, fundada en 1863 con la participación activa de Lassalle. La Asociación existió hasta 1875, cuando, en el Congreso de Gotha se produjo la unificación de los lassalleanos y los eisenachianos (partido encabezado por Liebknecht y Bebel) para formar el Partido Socialista Obrero de Alemania.- 438, 455.

305. En *Eisenach*, en el Congreso de los socialdemócratas de Alemania, Austria y Suiza, celebrado el 7-9 de agosto de 1869, fue creado el Partido Socialdemócrata Obrero Alemán, cuyo programa respondía al espíritu de las exigencias de la Internacional; sin embargo, se hacían en él varias concesiones a los lassalleanos.- 456.

242. El *Congreso* de la Asociación Internacional de los Trabajadores celebrado en *La Haya* tuvo lugar del 2 al 7 de septiembre de 1872. Asistieron a sus labores 65 delegados de 15 organizaciones nacionales. En el Congreso dirigido personalmente por Marx y Engels, se dio cima a la lucha de los fundadores del socialismo científico y de sus adeptos contra toda clase de sectarismo pequeñoburgués en el movimiento obrero. La actividad escisionista de los anarquistas fue condenada y sus líderes fueron expulsados de la Internacional. Los acuerdos del Congreso de La Haya colocaron los cimientos para la creación de partidos políticos de la clase obrera independientes en los diversos países.- 309, 457, 459.

306. Hegel. "*Fenomenología del espíritu*", párrafo "Verdad de la educación".- 458.

307. En 1872-1873, Liebknecht y Hepner pidieron reiteradas veces a Marx que escribiera un folleto o un artículo para "Volksstaat" criticando las concepciones de Lassalle.- 458.

Carta a FRIEDRICH ADOLPH SORGE En Hoboken

Londres, 12[-17] de septiembre de 1874

...Con tu salida, la *vieja* Internacional dejó de existir definitivamente. Y eso está bien, pues la Internacional pertenecía a la época del Segundo Imperio, en que la opresión reinante en toda Europa prescribía al movimiento obrero, que acababa de renacer, unidad y abstención de toda polémica interior. Era un momento en que los intereses cosmopolitas generales del proletariado podían pasar a primer plano, un momento en que Alemania, España, Italia y Dinamarca acababan de incorporarse al movimiento o se estaban incorporando a él. En 1864, el carácter teórico del propio movimiento era todavía muy confuso en toda Europa, es decir, en las masas; el comunismo alemán no existía aún como partido obrero; el proudhonismo era demasiado débil para cabalgar sobre sus tópicos favoritos, y el nuevo galimatías de Bakunin aún ni existía siquiera en su propia cabeza. Hasta los líderes de las tradeuniones inglesas estimaban que el programa expuesto en los considerandos de los Estatutos les ofrecía una base para ingresar en el movimiento. El primer éxito importante tenía que romper esta candorosa colaboración de todas las fracciones. Ese éxito fue la Comuna, hija espiritual de la Internacional, indudablemente, aunque ésta no había movido un dedo para darle vida. De este modo, y hasta cierto punto, se consideraba con toda razón a la Internacional responsable de la Comuna. Pero cuando la Internacional se convirtió en Europa, gracias a la Comuna, en una fuerza moral, inmediatamente empezó la discordia. Cada tendencia quería explotar el éxito en favor suyo. Sobrevino la disgregación, que era inevitable. La envidia a la fuerza creciente de los únicos que estaban realmente dispuestos a seguir trabajando en el amplio marco del viejo programa --los comunistas alemanes--, lanzó a los proudhonistas belgas en brazos de los aventureros bakuninistas. El Congreso de la Haya representó en realidad el fin, y, además, para las dos partes. Los Estados Unidos eran el único país donde aún se podía hacer algo con el nombre de la Internacional, y un afortunado instinto sugirió la necesidad de trasladar allí la dirección suprema. Ahora, también allí se ha agotado su prestigio; cualquier intento de darle nueva vida sería una necedad y un esfuerzo inútil. La Internacional, que durante diez años ha dominado una parte de la historia europea --precisamente aquella parte en la que reside el futuro--, puede contemplar orgullosa la labor realizada. Pero la Internacional ha caducado en su vieja forma. Para crear la nueva Internacional a semejanza de la vieja, para crear una alianza de todos los partidos proletarios de todos los países, sería necesario que se produjese una represión general del movimiento obrero análoga a la de los años 1849-1864. Pero el mundo proletario es ahora demasiado grande, demasiado extenso para que eso sea posible. Estimo que la nueva Internacional será --después de que las obras de Marx hayan ejercido su influencia durante una serie de años-- una Internacional netamente comunista y proclamará unos principios que serán precisamente los nuestros....

Federico Engels

A PIOTR LAVROVICH LAVROV

En Londres

(1875)

Mon cher Monsieur Lawrow,

Enfin, de retour d'un voyage en Allemagne, j'arrive à votre article que je viens de lire avec beaucoup d'intérêt. Voici mes observations y relatives, rédigées en allemand ce qui me permettra d'être plus concis.

1. De la doctrina darvinista yo acepto la *teoría de la evolución*, pero no tomo el método de demostración de D[arwin] (*struggle for life, natural selection*) más que como una primera expresión, una expresión temporal e imperfecta, de un hecho que acaba de descubrirse. Antes de Darwin, precisamente los hombres que hoy sólo ven la *lucha* por la existencia (Vogt, Büchner, Moleschott, etc.), hacían hincapié en la *acción coordinada* en la naturaleza orgánica; subrayaban cómo el reino vegetal suministraba el oxígeno y los alimentos al reino animal y

cómo, a la inversa, este último suministraba a aquél el ácido carbónico y los abonos, como lo recalcaba con especial fuerza Liebig. Las dos concepciones se justifican en cierta medida, hasta ciertos límites, pero la una es tan unilateral y limitada como la otra. La interacción de los cuerpos naturales --tanto los muertos como los vivos-- implica también la armonía, al igual que la colisión, la lucha, al igual que la cooperación. Si, por consiguiente, un pretendido naturalista se permite resumir toda la riqueza, toda la diversidad de la evolución histórica en una fórmula estrecha y unilateral, en la de la «lucha por la existencia», fórmula que sólo puede admitirse hasta en el dominio de la naturaleza *cum grano salis*, semejante método contiene de por sí ya su propia condena.

2. De los tres «ubezdennyie darwinisty» [darvinistas convencidos] citados, sólo Hellwald, por lo visto, merece que se le mencione. Seidlitz no es más que, en el mejor de los casos, una magnitud pequeña, y Robert Byr es un novelista, cuya novela "Tres veces" se publica actualmente en la revista "Über Land und Meer" [«Por las tierras y los mares»], que es el lugar más indicado para sus fanfarronadas.

3. Sin negar las ventajas del método de crítica que emplea usted y que yo llamaría sicológico, yo elegiría otro. Cada uno de nosotros se halla sujeto más o menos a la influencia del medio ambiente intelectual en el que se encuentra con preferencia. Es posible que su método de usted sea el mejor para Rusia, en la que usted conoce mejor que yo el público, y para un órgano propagandístico que se dirige al «sviazuju¹cij affekt» [sentimiento que une], al sentimiento moral. Para Alemania, donde el falso sentimentalismo ha causado y causa aún inaudito daño, no serviría, no sería comprendido, sería interpretado mal, de una manera sentimental. En nuestro país, el odio es más necesario que el amor --al menos por el momento-- y, más que nada, es necesario renunciar a los últimos vestigios del idealismo alemán, restablecer los hechos materiales en su derecho histórico. Por eso, yo atacaría --y en el momento oportuno yo lo haré probablemente-- a esos darvinistas burgueses de la siguiente manera:

Toda la doctrina darvinista de la lucha por la existencia no es más que la transposición pura y simple de la doctrina de Hobbes sobre el *bellum omnium contra omnes* [la guerra de todos contra todos], la tesis de los economistas burgueses de la competencia y la teoría maltusiana de la población, del dominio social al de la naturaleza viva. Tras de hacer ese juego de manos (cuya justificación absoluta yo niego, como lo he señalado ya en el punto 1, sobre todo en lo referente a la doctrina de Malthus), se transpone esas mismas teorías de la naturaleza orgánica a la historia y se pretende luego haber probado su validez como leyes eternas de la sociedad humana. El carácter pueril de este modo de proceder salta a la vista y no vale la pena perder el tiempo hablando de él. Si quisiera detenerme en eso, yo lo haría de la manera siguiente: mostraría que, en primer lugar, son malos *economistas*, y sólo en segundo lugar, que son malos naturalistas y malos filósofos.

4. La diferencia esencial entre las sociedades humanas y las de animales consiste en que éstos, en el mejor de los casos, recogen, mientras que los hombres producen. Basta ya esta diferencia, única, pero capital, para hacer imposible la transposición sin más reservas de las leyes válidas para las sociedades animales a las sociedades humanas. Esta diferencia ha hecho posible, como lo ha observado usted con razón, que:

"celovek vel borjbu ne toljko za su¹cestvovanie, no za naslazdenie i *za uvelicenie svojich naslazdenij* ...gotov byl dlja vys¹ago naslazdenija otrecsja ot nis¹ich" [el hombre no luchaba sólo por la existencia, sino, además, por el placer, y *por el aumento de los placeres* ...estaba dispuesto a renunciar a los placeres inferiores en beneficio de los superiores].

Sin poner en duda las conclusiones que usted saca de ello, yo, partiendo de mis premisas, estimo lo siguiente: la producción humana alcanza, por consiguiente, en cierta fase, tal nivel que no sólo se pueden producir los objetos para satisfacer las necesidades indispensables, sino, además, artículos de lujo, incluso cuando, para comenzar, sólo basten para una minoría. La lucha por la existencia --si dejamos por un momento aquí en vigor esta categoría-- se convierte, por tanto, en lucha por los placeres, no ya sólo por los medios de *existencia*, sino, además, por los medios de *desarrollo*, por los medios de desarrollo *producidos socialmente*. Y en esa fase, las categorías tomadas del reino animal no son ya aplicables. Pero si la producción bajo su forma capitalista, tal y como se verifica ahora, crea una cantidad de medios de existencia y de desarrollo mucho mayor que lo que puede consumir la sociedad capitalista, puesto que aparta la inmensa masa de los productores reales del consumo de estos medios de existencia y de desarrollo; si esa sociedad, por la ley misma de su vida, se ve forzada a aumentar continuamente esa producción ya desmesurada para ella, y si, en consecuencia, periódicamente, cada diez años,

tiene que destruir, no ya sólo una gran cantidad de productos, sino también las fuerzas productivas, ¿qué sentido tiene aquí la charlatanería acerca de la «lucha por la existencia»? La lucha por la existencia puede consistir aquí solamente en que la clase productiva arrebate la dirección de la producción y la distribución a la clase en cuyas manos se ha hallado hasta ahora, clase que es ya incapaz de ejercerla, y eso es precisamente la revolución socialista.

Una observación de pasada: basta lanzar una mirada sobre la marcha anterior de la historia como una serie continua de batallas de clase para ver claramente hasta qué punto es superficial la concepción que quiere hacer de esa historia una variante ligeramente modificada de la «lucha por la existencia». Por eso, yo jamás haría ese favor a los seudonaturalistas.

5. Por la misma razón, yo formularía, en consecuencia, de otro modo la tesis de usted, perfectamente justa en el fondo:

«eto ideja solidarnosti dlja oblegcenija borjby mogla... vyrosti nakonec do togo, ctoby ochvatitj vcë celovecestvo i protivo[po]stavitj jego, kak solidarnoje ob¹cestvo bratjev, ostaljnomu miru mineralov, rasteniji i zivotnuch» [la idea de la solidaridad para hacer el combate más fácil pudo finalmente surgir y crecer hasta abarcar a toda la humanidad y contraponerla como sociedad de hermanos solidarios al mundo de los minerales, de las plantas y de los animales].

6. Por otra parte no puedo estar de acuerdo con usted en que «borjba vsech protiv vsech» (*la lucha de todos contra todos*) fue la primera fase de la evolución humana. A mi juicio, el instinto social fue uno de los móviles principales de la evolución del hombre a partir del mono. Los primeros hombres habrán vivido en manadas, y, cuanto puede alcanzar nuestra visión del pasado, hallamos que eso fue precisamente así.

J'ai été de nouveau interrompu et je reprends ces lignes aujourd'hui pour vous le remettre. Vous voyez que mes observations se rattachent plutôt à la forme, à la méthode de votre attaque, qu'au fond. J'espère que vous le trouverez assez claires, je les ai écrites à la hâte et, en relisant, je voudrais changer bien des choses, mais je crains de rendre le manuscrit trop illisible...

NOTAS

"Querido señor Lavrov: En fin, de regreso de un viaje a Alemania, me ocupo de su artículo, que he leído con mucho interés. Le envío mis observaciones al mismo escritas en alemán, ya que ello me permite ser más conciso." (N. de la Edit.).

Lucha por la vida, selección natural. (N. de la Edit.)

Literalmente: con un grano de sal; en sentido figurado: con cierta reserva. (N. de la Edit.)

Las palabras entre comillas han sido tomadas del artículo de Lavrov y escritas por Engels en ruso, pero con caracteres latinos. (N. de la Edit.)

Expresión que se encuentra en las obras de T. Hobbes *El ciudadano*, palabras al lector y *Leviatán*, caps. XIII-XIV. (N. de la Edit.)

Subrayado por Engels. (N. de la Edit.)

Me han vuelto a interrumpir, y ahora me pongo a terminar la carta para enviarla a usted. Usted se habrá fijado que mis observaciones se refieren más bien a la forma, al método de su crítica, y no al fondo. Confío en que usted las hallará bastante claras, las he escrito de prisa y corriendo y, al revisarlas, he querido cambiar muchas cosas, pero temo que el manuscrito sea ilegible... (N. de la Edit.)

"*Über Land und Meer*" («*Por las tierras y los mares*»): semanario ilustrado alemán, aparecía en Stuttgart de 1858 a 1923.

Se refiere al artículo de P. Lavrov "*El socialismo y la lucha por la existencia*", publicado sin firma en el periódico *Vperiod!* («·Adelante!»), Nº 17, el 15 de septiembre de 1875.

A CARLOS KAUTSKY

En Viena

Londres, 12 de septiembre de 1882

...Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general; lo mismo que piensan los burgueses. Aquí no hay partido obrero, no hay más que el partido conservador y el partido liberal-radical, y los obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de ésta en el mercado mundial. A juicio mío, las colonias propiamente dichas, es decir, los países ocupados por una población europea: el Canadá, El Cabo , Australia, se harán todos independientes; por el contrario, los países sometidos nada más, poblados por indígenas, como la India, Argelia y las posesiones holandesas, portuguesas y españolas, tendrán que quedar confiadas provisionalmente al proletariado, que las conducirá lo más rápidamente posible a la independencia. Es difícil decir cómo se desarrollará este proceso. La India quizás haga una revolución, es incluso probable, y, como el proletariado que se emancipa no puede mantener guerras coloniales, habrá que resignarse a ello; eso no sucederá, evidentemente, sin destrucciones, pero son inherentes a toda revolución. Lo mismo puede ocurrir en otros sitios, en Argelia y Egipto, por ejemplo, lo que sería, por cierto, *para nosotros*, lo mejor. Tendremos bastante que hacer en nuestro país. Una vez Europa esté reorganizada, así como América del Norte, eso dará un impulso tan fuerte y será un ejemplo tan grande, que los países semicivilizados seguirán ellos mismos nuestra senda; de ello se ocuparán, por sí solas, las demandas económicas. Las fases sociales y económicas que estos países tendrán que pasar antes de llegar también a la organización socialista, no pueden, creo yo, ser sino objeto de hipótesis bastante ociosas. Una cosa es segura: el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria. Bien entendido, esto no excluye, en absoluto, las guerras defensivas de diverso género...

A Florence Kelley-Wischnewetzky

En Nueva York

Londres, 28 de diciembre de 1886

Mi prefacio tratará enteramente, como es lógico, de los inmensos éxitos logrados por los obreros norteamericanos en los 10 meses últimos y, desde luego, se referirá también a Henry George y a su programa agrario. Sin embargo, no puede pretender a una exposición circunstanciada del problema; además, no creo que haya llegado la hora de hacerlo. Es mucho más importante que el movimiento se extienda, que progrese regularmente, que arraigue y abarque en lo posible a todo el proletariado norteamericano, a fin de que arranque y progrese desde el comienzo sobre una base correcta y teóricamente perfecta. No hay mejor camino para lograr una clara comprensión teórica que el de *durch Schaden klug werden* [aprender en los errores propios], en la amarga experiencia propia. Y para una clase entera y grande no existe otro camino, sobre todo en una nación tan eminentemente práctica, que desprecia tanto la teoría, como los norteamericanos. Lo importante es llevar a la clase obrera a que se ponga en movimiento *como clase*; una vez logrado eso, no tardará en hallar el camino seguro, y quien se le oponga, H. G. o Powderly, será echado tranquilamente por la borda con sus pequeñas sectas. Por eso veo también en los *K. of L.* un factor muy importante en el movimiento, al que no se debe

vilipendiar desde fuera, sino revolucionarlo desde dentro. A mi juicio, muchos alemanes que viven en Norteamérica han cometido un grave error cuando, al verse cara a cara con el poderoso y glorioso movimiento fundado sin su participación, intentaron convertir su teoría importada y no siempre entendida correctamente, en algo así como un *alleinse ligmachendes Dogma* [un dogma que lo salva todo] y se mantuvieron apartados de todo movimiento que no aceptaba ese dogma. Nuestra teoría no es un dogma, sino la exposición de un proceso de evolución que comprende varias fases consecutivas. Esperar que los norteamericanos emprendan el movimiento con plena conciencia de la teoría formada en los países industriales más antiguos es esperar lo imposible. Los alemanes debían haber procedido de acuerdo con su propia teoría, si la comprendieron como nosotros la entendimos en 1845-1848, debían haber participado en todo movimiento obrero verdaderamente general, aceptando el punto de partida *faktische* [de hecho] de la clase obrera y elevándola gradualmente al nivel de la teoría, señalando que cada error cometido, cada revés era consecuencia inevitable de los errores de orden teórico en el programa original. Debían, como lo dice el *Manifiesto del Partido Comunista, in der Gegenwart der Bewegung die Zukunft der Bewegung zu repräsentieren* [defender dentro del movimiento actual el porvenir de ese movimiento]. Pero, antes que nada, dejen que el movimiento se consolide, no aumenten la confusión inevitable en los primeros tiempos, imponiendo a las gentes cosas que no pueden en el momento presente valorar como es debido, pero que lo aprenderán bien pronto. Un millón o dos millones de votos obreros en noviembre del año próximo por un partido de obreros *bona fide* tiene un valor infinitamente mayor en el presente que cien millones de votos por una plataforma doctrinalmente perfecta. La primera tentativa seria de unir a las masas a escala nacional --pronto habrá que emprenderla, caso de que el movimiento progrese-- los pondrá a todos cara a cara: los adeptos de Georges, los de los *K. of L.*, los tradeunionistas, etc. Y si nuestros amigos alemanes aprenden bastante el idioma del país hacia entonces para tomar parte en las discusiones, será pues el momento oportuno para que critiquen los puntos de vista de los demás y, una vez probado lo insostenible de las distintas posturas, para que lleven a los obreros a la comprensión de su posición actual, posición creada por la relación entre el capital y el trabajo asalariado. Pero yo consideraría gran error todo lo que pudiese retardar o impedir esta consolidación nacional del partido obrero --sobre no importa qué plataforma-- y, por tanto, no pienso que haya llegado ya el momento para exponer enteramente y a fondo la actitud, tanto respecto de Henry George, como de los "Knights of Labor".

NOTAS

F. Engels, *El movimiento obrero en Norteamérica. Prefacio a la edición norteamericana de «La situación de la clase obrera en Inglaterra»*. (N. de la Edit.)

Véase la presente edición [C. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas, en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1974], t. 1, pág. 139. (N. de la Edit.)

Knights of Labor («*Orden de los caballeros de trabajo*»): organización de los obreros norteamericanos fundada en 1869 en Filadelfia; tenía hasta 1878 un carácter de una sociedad secreta; la Orden agrupaba principalmente a los obreros no calificados, incluidos los negros; se planteaba la creación de cooperativas y la organización de ayuda mutua. La dirección de la Orden negaba, en esencia, la participación de los obreros en la lucha política y propugnaba la colaboración de clases; en 1886, la dirección de la Orden se opuso a la huelga nacional, prohibiendo a sus miembros la participación en ella; a pesar de ello, los miembros de filas de la Orden tomaron parte en la huelga, después de lo cual la Orden comenzó a perder influencia entre la masa obrara, disgregándose a fines de la década del 90.

A Nikolai Frantsevich Danielson

Londres, 24 de febrero de 1893

Parece que estamos de acuerdo en todo, excepto en un punto, que usted trata en sus dos cartas, del 3 de octubre y del 27 de enero, aunque desde distintos puntos de vista en cada una.

En la primera usted pregunta: la transformación económica que después de 1854 se había tornado inevitable, ¿fue de naturaleza tal que, en lugar de desarrollar las instituciones históricas de Rusia debía, por el contrario, atacarlas de raíz? En otras palabras, ¿no podía tomarse la comuna rural como base del nuevo desarrollo económico?

Y el 27 de enero usted expresa la misma idea en esta forma: la gran industria se había vuelto una necesidad para Rusia, pero ¿era inevitable que se desarrollase en forma capitalista?

Bien, en o cerca de 1854, Rusia tenía por un lado la comuna, y por otro la necesidad de la gran industria. Si usted tiene en cuenta todo el estado de su país tal como era entonces, ¿ve usted alguna posibilidad de que la gran industria se injertase en la comuna campesina en forma tal que, por una parte, hiciera posible el desarrollo de esta última; y por otra elevara a la comuna primitiva al rango de una institución social superior a todo lo que conoce el mundo? ¿Y eso mientras todo el Occidente seguía viviendo bajo el régimen capitalista? Me parece que una tal evolución, que habría sobrepasado a todo lo conocido en la historia, requería condiciones económicas, políticas y culturales diferentes de las que existían en Rusia en aquella época.

No hay duda de que la comuna, y en cierta medida el artel, contenían gérmenes que en ciertas condiciones podrían haberse desarrollado salvando a Rusia de pasar por los tormentos del régimen capitalista. Suscribo por entero la carta de vuestro autor sobre Zhukovsky. Pero, en opinión de su autor, así como en la mía, la primera condición que se requería para llevar esto a cabo era el impulso de afuera, el cambio de sistema económico en el occidente de Europa, la destrucción del sistema capitalista en sus países de origen. Nuestro autor, en cierto prefacio a cierto viejo manifiesto, decía en enero de 1882, replicando a la cuestión de si la comuna rusa no podría ser el punto de partida de un desarrollo social superior: si el cambio del sistema económico en Rusia coincide con una transformación del mismo en el Occidente, de manera que ambos se complementasen, entonces el sistema de la propiedad de la tierra actualmente vigente en Rusia podría volverse al punto de partida de un nuevo desarrollo social.

Si en Occidente hubiésemos sido más rápidos en nuestro desenvolvimiento económico, si hubiésemos podido derrocar el régimen capitalista diez o veinte años atrás, Rusia hubiera tenido tiempo de interrumpir la tendencia de su propia evolución hacia el capitalismo. Desgraciadamente somos demasiado lentos, y recién estamos desarrollando, en los diversos países que nos rodean, aquellas consecuencias económicas del sistema capitalista que deben llevarlo al punto crítico: mientras que Inglaterra está perdiendo rápidamente su monopolio industrial, Francia y Alemania se acercan al nivel industrial inglés, y Norteamérica promete desalojarlos a todos del mercado mundial, tanto en lo que se refiere a los productos industriales como a los agrícolas. La implantación en Norteamérica de una política por lo menos relativamente librecambista habrá de completar con seguridad la ruina del monopolio industrial ejercido por Inglaterra, destruyendo, al mismo tiempo, el comercio de exportación industrial de Alemania y Francia; entonces deberá venir la crisis y tout ce qu`il a de plus fin de siècle [todo lo más moderno que hay]. Pero, entretanto, entre ustedes, la comuna va desapareciendo, y sólo podemos esperar que la transformación a un sistema mejor, entre nosotros, venga a tiempo para salvar, al menos en algunas de las partes más remotas de vuestro país, instituciones que, en esas circunstancias, pueden ser llamadas a tener un gran porvenir. Pero los hechos son los hechos, y no debemos olvidar que esas posibilidades disminuyen año a año.

Por lo demás, le concedo que la circunstancia de que Rusia sea el último país conquistado por la gran industria capitalista, y al mismo tiempo el país de mayor población campesina, es tal que la revolución provocada por este cambio económico sea más aguda de lo que ha sido en cualquier otra parte. El proceso de remplazar unos 500,000 pomeshiki [terratenientes] y unos ochenta millones de campesinos por una nueva clase de propietarios burgueses de tierras, no puede llevarse a cabo si no es en medio de terribles sufrimientos y convulsiones. Pero la historia es casi la más cruel de las diosas, y conduce su carro triunfal por encima de montones de cadáveres, no sólo en la guerra sino también en el desarrollo económico "pacífico". Y los hombres y las mujeres somos desgraciadamente tan estúpidos que nunca podemos cobrar valor para realizar un progreso real a menos que seamos urgidos a hacerlo por sufrimientos que parecen casi desproporcionados.

NOTAS

La *Otiechéstvennie Zapiski* de fines de 1877.

Carta a KONRAD SCHMIDT

En Berlín

Londres, 5 de agosto de 1890

...He leído en el *Deutsche Worte* de Viena una crítica del libro de Paul Barth escrita por ese pájaro de mal agüero que se llama Moritz Wirth *Esa* crítica también me ha producido una impresión desfavorable en cuanto al libro mismo. Pienso hojearlo, pero debo decir que si el bueno de Moritz cita exactamente el pasaje en que Barth afirma que en todas las obras de Marx sólo ha podido hallar un ejemplo que demuestra la dependencia de la filosofía, etc., de las condiciones materiales de vida --aquel en que Descartes declara que los animales son máquinas--, sólo conmiseración puede despertar en mí un hombre capaz de escribir tales cosas. Y puesto que ese hombre no ha comprendido todavía que si bien las condiciones materiales de vida son el *primum agens*, eso no impide que la esfera ideológica reaccione a su vez sobre ellas, aunque su influencia sea secundaria, ese hombre no ha podido comprender en modo alguno la materia sobre la cual escribe. Sin embargo, repito, estas noticias no son de fuente directa, y el bueno de Moritz es un amigo peligroso. La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de ésos, para los cuales no es más que un pretexto para no estudiar la historia. Marx había dicho a fines de la década del 70, refiriéndose a los «marxistas» franceses, que «*tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste*».

También en la *Volks-Tribüne* ha habido una discusión acerca de si la distribución de los productos en la sociedad futura se hará de acuerdo con la cantidad de trabajo o de otra manera. La cuestión ha sido enfocada desde un punto de vista muy «materialista», en oposición a ciertas frases idealistas sobre la justicia. Pero, por extraño que esto parezca, a nadie se le ocurrió pensar en que el modo de distribución depende esencialmente de la *cantidad* de productos a distribuir, y que esta cantidad varía, naturalmente, con el progreso de la producción y de la organización social y que, por tanto, tiene que cambiar también el modo de distribución. Sin embargo, para todos los que han participado en la discusión, la «sociedad socialista» no es algo que cambia y progresa continuamente, sino algo estable, algo fijo de una vez para siempre, por lo que también debe tener un modo de distribución fijo de una vez para siempre. Razonablemente, lo único que se puede hacer es: 1) tratar de descubrir el modo de distribución que se haya de aplicar *al principio*, y 2) tratar de establecer la *tendencia general* que habrá de seguir el desarrollo ulterior. Pero acerca de esto no encuentro ni una sola palabra en toda la discusión.

En general, la palabra «materialista» sirve, en Alemania, a muchos escritores jóvenes como una simple frase para clasificar sin necesidad de más estudio todo lo habido y por haber; se pega esta etiqueta y se cree poder dar el asunto por concluido. Pero nuestra concepción de la historia es, sobre todo, una guía para el estudio y no una palanca para levantar construcciones a la manera del hegelianismo. Hay que estudiar de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales, antes de ponerse a derivar de ellas las ideas políticas, del Derecho privado, estéticas, filosóficas, religiosas, etc., que a ellas corresponden. Hasta hoy, en este terreno se ha hecho poco, pues ha sido muy reducido el número de personas que se han puesto seriamente a ello. Aquí necesitamos masas que nos ayuden; el campo es infinitamente grande, y quien desee trabajar seriamente, puede conseguir mucho y distinguirse. Pero, en vez de hacerlo así, hay demasiados alemanes jóvenes a quienes las frases sobre el materialismo histórico (*todo* puede ser convertido en frase) sólo les sirven para erigir a toda prisa un sistema con sus conocimientos históricos, relativamente escasos --pues la historia económica está todavía en mantillas--, y pavonearse luego, muy ufanos de su hazaña. Y entonces es cuando puede aparecer un Barth cualquiera, para dedicarse a lo que, por lo menos en su medio, ha sido reducido a la categoría de una frase huera.

Pero todo esto volverá a encarrilarse. Ahora, en Alemania, tenemos fuerza suficiente para aguantar muchas cosas. Uno de los servicios más grandes que nos ha prestado la ley contra los socialistas ha sido el de habernos liberado de la pegajosa importunidad de los «estudiosos» alemanes con barniz socialista. Ahora ya somos lo bastante fuertes para digerir incluso a esos «estudiosos» alemanes, que vuelven a adoptar aires de gran importancia. Usted, que ha hecho realmente algo, habrá notado por fuerza qué pocos de los literatos jóvenes que se cuelgan al partido se toman la molestia de estudiar Economía política, historia de la Economía política, historia del comercio, de la industria, de la agricultura, de las formaciones sociales. ·Cuántos conocen a Maurer sólo de nombre! La suficiencia del periodista tiene que suplirlo todo, y así anda ello. A veces, parece como si estos caballeros creyesen que para los obreros cualquier cosa es buena. ·Si supiesen que Marx no creía nunca que incluso sus mejores cosas eran bastante buenas para los obreros y que consideraba un crimen ofrecer a los obreros algo que no fuese lo mejor de lo mejor!...

.

NOTAS

La causa primera. (N. de la Edit.)

«Lo único que sé es que no soy marxista» (N. de la Edit.)

Trátase del libro de P. Barth *Die Geschichtsphilosophie Hegels und Hegelianer bis auf Marx und Hartmann* («Filosofía de la historia de Hegel y de los hegelianos hasta Marx y Hartmann») publicado en Leipzig en 1890.

Deutsche Worte («*Palabra alemana*»): revista económica y político-social austríaca que se publicó en Viena de 1881 hasta 1904. El artículo de M. Wirth "*La arbitrariedad respecto de Hegel y las persecuciones contra él en la Alemania actual*" fue publicado en 1890, en el Nº 5 de la revista.

Berliner Volks-Tribüne («*Tribuna popular de Berlín*»): semanario socialdemócrata, afín al grupo semianarquista de los «jóvenes», se publicó desde 1887 hasta 1892. Los materiales referentes a la discusión en torno a la cuestión «A cada cual el producto íntegro de su trabajo» se publicaron en el periódico desde el 14 de junio hasta el 12 de julio de 1890.

La ley de excepción contra los socialistas fue promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. En virtud de esta ley fueron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata y las organizaciones obreras de masas, suspendida la prensa obrera, confiscadas las publicaciones socialistas y represaliados los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.

Carta a JOSE BLOCH

En Königsberg

Londres, 21- [22] de septiembre de 1890.

....Según la concepción materialista de la historia, el factor que *en última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta --las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas-- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su *forma*. Es un juego mutuo

de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.

Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. También el Estado prusiano ha nacido y se ha desarrollado por causas históricas, que son, en última instancia, causas económicas. Pero apenas podrá afirmarse, sin incurrir en pedantería, que de los muchos pequeños Estados del Norte de Alemania fuese precisamente Brandeburgo, por imperio de la necesidad económica, y no por la intervención de otros factores (y principalmente su complicación, mediante la posesión de Prusia, en los asuntos de Polonia, y a través de esto, en las relaciones políticas internacionales, que fueron también decisivas en la formación de la potencia dinástica austríaca), el destinado a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas, y desde la Reforma también las religiosas, entre el Norte y el Sur. Es difícil que se consiga explicar económicamente, sin caer en el ridículo, la existencia de cada pequeño Estado alemán del pasado y del presente o los orígenes de las permutaciones de consonantes en el alto alemán, que convierten en una línea de ruptura que corre a lo largo de Alemania la muralla geográfica formada por las montañas que se extienden de los Sudetes al Tauno.

En segundo lugar, la historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante --el acontecimiento histórico--, que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa *sin conciencia* y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales --cada una de las cuales apetece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas, que son, en última instancia, circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad)-- no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean = 0. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella.

Además, me permito rogarle que estudie usted esta teoría en las fuentes originales y no en obras de segunda mano; es, verdaderamente, mucho más fácil. Marx apenas ha escrito nada en que esta teoría no desempeñe su papel. Especialmente, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte" es un magnífico ejemplo de aplicación de ella. También en *El Capital* se encuentran muchas referencias. En segundo término, me permito remitirle también a mis obras *La subversión de la ciencia por el señor E. Dühring* y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en las que se contiene, a mi modo de ver, la exposición más detallada que existe del materialismo histórico.

El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Pero, tan pronto como se trataba de exponer una época histórica y, por tanto, de aplicar prácticamente el principio, cambiaba la cosa, y ya no había posibilidad de error. Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una nueva teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos «marxistas» y así se explican muchas de las cosas peregrinas que han aportado....

Véase la presente edición, t. 1, págs. 408-498. (N. de la Edit.)

Véase el presente tomo, págs. 353-395. (N. de la Edit.)

Carta a OTTO VON BOENIGK

En Berlín [1] [*]

Folkestone cerca de Dover, 21 de agosto de 1890

...A sus preguntas sólo puedo contestar en breve y en rasgos generales, ya que de otro modo sólo para contestar a la primera tendría que escribir todo un tratado.

1. La llamada «sociedad socialista», según creo yo, no es una cosa hecha de una vez y para siempre, sino que cabe considerarla, como todos los demás regímenes históricos, una sociedad en constante cambio y transformación. Su diferencia crítica respecto del régimen actual consiste, naturalmente, en la organización de la producción sobre la base de la propiedad común, inicialmente por una sola nación, de todos los medios de producción. No veo absolutamente ninguna dificultad para realizar --se trata de realizarla gradualmente-- esta revolución mañana mismo. El que nuestros obreros son capaces de ello, lo demuestran sus numerosas asociaciones de producción y distribución, que, cuando la policía no las arruinaba intencionadamente, se administraban con la misma eficacia y mucho más honradamente que las sociedades anónimas burguesas. No llego a comprender cómo puede usted hablar de la ignorancia de las masas en Alemania después de la brillante demostración de la madurez política de que han dado prueba nuestros obreros en la lucha victoriosa contra la ley sobre los socialistas . La presunción seudocientífica de nuestros llamados hombres cultos me parece un obstáculo mucho mayor. Por cierto, nos faltan aún técnicos, agrónomos, ingenieros, arquitectos, etc., pero en el peor de los casos los podemos comprar, del mismo modo que lo hacen los capitalistas, y cuando unos cuantos traidores --que a ciencia cierta habrá en esta sociedad-- sean castigados de un modo ejemplar, comprenderán que sus intereses les mandan no robarnos más. Pero además de estos especialistas, entre los que figuran, según mi criterio, también los maestros de escuela, podemos perfectamente prescindir de las demás personas «cultas», y, por ejemplo, la presente gran afluencia de literatos y estudiantes al partido está preñada de perjuicios de toda índole, si no se les tiene a estos señores en su debido lugar.

Los latifundios de los junkers del este del Elba pueden entregarse en arriendo sin dificultad, asegurándose la necesaria dirección técnica, a los braceros y jornaleros de hoy y cultivarse colectivamente. Y si hay allí excesos, los responsables de ello serán los señores junkers, que han llevado a la gente a tal salvajismo a pesar de la legislación escolar existente.

El obstáculo más grande lo constituirán los pequeños campesinos y los molestos cultos y sabihondos, que aparentan saber tanto más, cuanto menos conocen la materia.

Así, si tenemos un número suficiente de partidarios entre las masas, se podrá socializar muy pronto la gran industria y la gran agricultura latifundista, ya que el poder político estará en nuestras manos. Lo demás vendrá más o menos rápidamente. Y teniendo la gran producción, seremos dueños de la situación.

Usted habla de la ausencia de la debida conciencia. Eso es así, pero por lo que se refiere a las personas cultas, procedentes de la nobleza y burguesía, que no se dan cuenta de cuánto tienen aún que aprender de los obreros...

Nombre actual: Wroclaw. (N. de la Edit.)

En la carta a Engels del 16 de agosto de 1890, Boenigk, que se proponía dar una conferencia sobre el socialismo, pidió a Engels que respondiera a la pregunta sobre la conveniencia y la posibilidad de transformaciones

socialistas dadas las diferencias existentes en la educación, el nivel de conciencia, etc., de distintas clases de la sociedad.

La ley de excepción contra los socialistas fue promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. En virtud de esta ley fueron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata y las organizaciones obreras de masas, suspendida la prensa obrera, confiscadas las publicaciones socialistas y reprimidos los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.

Carta a FRANZ MEHRING

En Berlín

Londres, 14 de julio de 1893

Querido señor Mehring:

Hoy, por fin, puedo agradecerle la fina atención que ha tenido conmigo al enviarme "*La leyenda sobre Lessing*". No he querido limitarme a un formal acuse de recibo, sino decirle al mismo tiempo algo sobre el libro mismo, sobre su contenido. De aquí mi demora en la respuesta.

Empezaré por el final, es decir, por el apéndice sobre el materialismo histórico , en el que expone usted los hechos principales en forma magistral, capaz de convencer a cualquier persona libre de prejuicios. Si algo tengo que objetar, es contra el que usted me atribuya más méritos de los que en realidad me pertenecen, incluso contando lo que yo --con el tiempo-- hubiese llegado tal vez a descubrir por mí mismo, si no lo hubiese descubierto mucho antes Marx, con su visión más rápida y más amplia. Cuando uno ha tenido la suerte de trabajar durante cuarenta años con un hombre como Marx, en vida de éste no suele gozar del reconocimiento que cree merecer. Pero cuando el gran hombre muere, a su compañero de menor talla se le suele encomiar más de lo que merece. Creo que éste es mi caso. La historia terminará por poner las cosas en su sitio, pero para entonces ya me habré muerto tranquilamente y no sabré nada de nada.

Falta, además, un solo punto, en el que, por lo general, ni Marx ni yo hemos hecho bastante hincapié en nuestros escritos, por lo que la culpa nos corresponde a todos por igual. En lo que nosotros más insistíamos --*y no podíamos por menos de hacerlo así*-- era en *derivar* de los hechos económicos básicos las ideas políticas, jurídicas, etc., y los actos condicionados por ellas. Y al proceder de esta manera, el contenido nos hacía olvidar la forma, es decir, el proceso de génesis de estas ideas, etc. Con ello proporcionamos a nuestros adversarios un buen pretexto para sus errores y tergiversaciones. Un ejemplo patente de ello le tenemos en Paul Barth .

La ideología es un proceso que se opera por el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que lo mueven, permanecen ignoradas para él; de otro modo, no sería tal proceso ideológico. Se imaginan, pues, fuerzas propulsoras falsas o aparentes. Como se trata de un proceso discursivo, deduce su contenido y su forma del pensar puro, sea el suyo propio o el de sus predecesores. Trabaja exclusivamente con material discursivo, que acepta sin mirarlo, como creación, sin buscar otra fuente más alejada e independiente del pensamiento; para él, esto es la evidencia misma, puesto que para él todos los actos, en cuanto les sirva *de mediador* el pensamiento, tienen también en éste *su fundamento* último.

El ideólogo histórico (empleando la palabra histórico como síntesis de político, jurídico, filosófico, teológico, en una palabra, de todos los campos que pertenecen a la *sociedad*, y no sólo a la naturaleza), el ideólogo histórico encuentra, pues, en todos [524] los campos científicos, un material que se ha formado independientemente, por obra del pensamiento de generaciones anteriores y que ha atravesado en el cerebro de estas generaciones sucesivas por un proceso propio e independiente de evolución. Claro está que a esta evolución pueden haber contribuido también ciertos hechos externos, enclavados en el propio campo o en otro, pero, según la premisa

tácita de que se parte, estos hechos son, a su vez, simples frutos de un proceso discursivo, y así no salimos de los dominios del pensar puro, que parece haber digerido admirablemente hasta los hechos más tenaces.

Esta apariencia de una historia independiente de las constituciones políticas, de los sistemas jurídicos, de los conceptos ideológicos en cada campo específico de investigación, es la que más fascina a la mayoría de la gente. Cuando Lutero y Calvino «superan» la religión católica oficial, cuando Hegel «supera» a Fichte y Kant, y Rousseau, con su "*Contrato social*" republicano, «supera» indirectamente al constitucional Montesquieu, trátase de un proceso que se mueve dentro de la teología, de la filosofía, de la ciencia política, que representa una etapa en la historia de esas esferas del pensar y no trasciende para nada del campo del pensamiento. Y desde que a esto se ha añadido la ilusión burguesa de la perennidad e inapelabilidad de la producción capitalista, hasta la «superación» de los mercantilistas por los fisiócratas y A. Smith se considera simplemente como un triunfo exclusivo del pensamiento; no como el reflejo ideológico de un cambio de hechos económicos, sino como la visión justa, por fin alcanzada, de condiciones efectivas que rigen siempre y en todas partes. Si Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto, en vez de liarse con las Cruzadas, hubiesen implantado el librecambio, nos hubieran ahorrado quinientos años de miseria e ignorancia.

Este aspecto del asunto, que aquí no he podido tocar más que de pasada, lo hemos descuidado todos, me parece, más de lo debido. Es la historia de siempre: en los comienzos, se descuida siempre la forma, para atender más al contenido. También yo lo he hecho, como queda dicho, y la falta me ha saltado siempre a la vista *post festum* . Así pues, no sólo está muy lejos de mi ánimo hacerle un reproche por esto, pues, por haber pecado antes que usted, no tengo derecho alguno a hacerlo, sino todo lo contrario; pero quería llamar su atención para el futuro hacia este punto.

Con esto se halla relacionado también el necio modo de ver los ideólogos: como negamos un desarrollo histórico independiente a las distintas esferas ideológicas, que desempeñan un papel en la historia, les negamos también todo *efecto histórico*. Este modo de ver se basa en una representación vulgar antidialéctica de la causa y el efecto de acciones y reacciones. Que un factor histórico, una vez alumbrado por otros hechos, que son en última instancia hechos económicos, repercute a su vez sobre lo que le rodea e incluso sobre sus propias causas, es cosa que olvidan, a veces muy intencionadamente, esos caballeros, como, por ejemplo, Barth al hablar del estamento sacerdotal y la religión, pág. 475 de su obra de usted. Me ha gustado mucho su manera de ajustarle las cuentas a ese sujeto, cuya banalidad supera todo lo imaginable. ·Y a un individuo como ése se le nombra profesor de historia en Leipzig! Debo decir que el viejo Wachsmuth, también muy cerrado de mollera, aunque mucho más sensible ante los hechos, era un tipo muy diferente.

Por lo demás, sólo puedo decir del libro lo mismo que dije en repetidas ocasiones acerca de los artículos cuando aparecieron en "*Neue Zeit*" : hasta la fecha es la mejor exposición de la génesis del Estado prusiano; yo diría incluso que es la única buena, pues en la mayoría de los casos muestra acertadamente todas las concatenaciones, hasta en los menores detalles. Siento únicamente que no haya abarcado usted de primer intento todo el desarrollo ulterior hasta Bismarck, aunque tengo la secreta esperanza de que lo hará en otra ocasión, presentando un cuadro completo y coherente, empezando por el elector Federico Guillermo y terminando por el viejo Guillermo . Ya tiene usted hecha la labor preliminar, y hasta podemos decir que, por lo menos en las cuestiones fundamentales, esa labor es casi definitiva. Y hay que hacerlo antes de que se derrumbe todo el viejo edificio. La destrucción de las leyendas monárquico-patrióticas no es una condición absolutamente indispensable para derrocar esa misma monarquía que sirve para encubrir la dominación de clase (pues, en Alemania, la república *pura* o burguesa es una etapa que ha caducado sin haber tenido tiempo de nacer), pero es, a pesar de todo, uno de los resortes más eficaces para lograr ese derrocamiento.

De hacerlo, dispondrá usted de más espacio y de mayores oportunidades para presentar la historia local de Prusia como una parte del triste destino de toda Alemania. Este es el punto en el que usted y yo discrepamos en cuanto a la interpretación de las causas del fraccionamiento de Alemania y del fracaso sufrido por la revolución burguesa alemana del siglo XVI. Si tengo ocasión de volver a redactar el prefacio histórico a mi "Guerra campesina" --y confío en que eso habrá de ocurrir el próximo invierno--, podré desarrollar allí estas cuestiones. No es que considere erróneas las causas que usted aduce, pero yo expongo otras, además de ésas, y las agrupo en forma algo distinta.

Al estudiar la historia de Alemania --una historia de continuas desventuras--, siempre he hallado que la comparación con los correspondientes períodos de la historia de Francia es lo único capaz de proporcionarnos una medida exacta, pues allí ocurría precisamente lo contrario de lo que sucede en nuestro país. Allí, la formación del Estado nacional a partir de los *disjectis membris* del Estado feudal, en el preciso momento en que nuestro país se hallaba en la máxima decadencia. Allí, una lógica objetiva excepcional en el curso de todo el proceso, mientras que en nuestro país se produce un desbarajuste cada vez más funesto. Allí, en la Edad Media, la invasión extranjera corre a cargo del conquistador inglés, que toma partido a favor de la nacionalidad provenzal, en contra de la nacionalidad del norte de Francia. Las guerras contra Inglaterra son una especie de Guerra de los Treinta Años , pero que terminan con la expulsión de los invasores extranjeros y con el sometimiento del Sur por el Norte. Luego viene la lucha del poder central contra el vasallo borgoñón , apoyado por sus posesiones del extranjero y cuyo papel corresponde al de Brandenburgo-Prusia; pero esta lucha termina con el triunfo del poder central y remata la formación del Estado nacional. Y precisamente en este momento, el Estado nacional se derrumba definitivamente en nuestro país (si es que el «reino alemán» dentro del Sacro Imperio Romano puede ser llamado Estado nacional) y comienza el despojo en gran escala de las tierras alemanas. Esta comparación constituye un gran oprobio para los alemanes, pero, precisamente por eso, es tanto más instructiva; y desde que nuestros obreros han vuelto a poner a Alemania en el proscenio del movimiento histórico, nos es más fácil soportar esa ignominia del pasado.

Un rasgo distintivo muy especial del desarrollo de Alemania es que ninguna de las dos partes que terminaron por repartirse todo el país es puramente alemana. Las dos son colonias establecidas en tierras eslavas conquistadas: Austria es una colonia bávara, y Brandenburgo, una colonia sajona; y el poder que ambas han adquirido *dentro* de Alemania se lo deben exclusivamente al apoyo de posesiones extranjeras, no alemanas: Austria se apoyó en Hungría (sin hablar ya de Bohemia), y Brandenburgo, en Prusia. Nada de eso ocurrió en la frontera occidental, que era la más amenazada. La defensa de Alemania frente a los daneses en la frontera norte fue encomendada a los mismos daneses; y era tan poco lo que había que defender en la frontera sur, que los encargados de guardarla, los suizos, ·lograron separarse ellos mismos de Alemania!

Pero veo que me he dejado llevar por toda clase de razonamientos. Sírvale por lo menos toda esta palabrería como testimonio del vivo interés que ha despertado en mí su obra.

Una vez más acepte la cordial gratitud y saludos de su *F. Engels.*

El artículo de Mehring "Über den historischen Materialismus" («Sobre el materialismo histórico») fue publicado en 1893, como apéndice a su libro "La leyenda sobre Lessing".- 523

Trátase del libro de P. Barth "Die Geschichtsphilosophie Hegels und Hegelianer bis auf Marx und Hartmann" («Filosofía de la historia de Hegel y de los hegelianos hasta Marx y Hartmann») publicado en Leipzig en 1890.

Literalmente: después de la fiesta, o sea, con tardanza. (N. de la Edit.)

"Die Neue Zeit" («Tiempos nuevos»); revista teórica de la socialdemocracia alemana, aparecía en Stuttgart de 1883 a 1923. De 1885 a 1894 publicó varios artículos de F. Engels.

Guillermo I. (N. de la Edit.)

Miembros dispersos. (N. de la Edit.)

La *guerra de los Treinta años* (1618-1648): guerra europea provocada por la lucha entre los protestantes y católicos. Alemania fue el teatro principal de esta lucha, objeto de saqueo militar y de pretensiones anexionistas de los participantes en la guerra. Esta se acabó en 1648 con la paz de Westfalia que refrendó el fraccionamiento político de Alemania.

Carlos el Temerario. (N. de la Edit.)

Sacro Imperio Romano Germánico: imperio medieval, fundado en 962, que abarcaba el territorio de Alemania y, en parte, de Italia. Más tarde formaban parte del Imperio también algunas tierras de Francia, Bohemia, Austria, Países Bajos, Suiza y otros países. El Imperio no fue un Estado centralizado y representaba una unión poco sólida de principados feudales y ciudades libres, que reconocían el poder supremo del emperador. El Imperio dejó de existir en 1806, cuando, a consecuencia de la derrota en la guerra contra Francia, los Habsburgos se vieron obligados a renunciar al título de los emperadores del Sacro Imperio Romano.

Carta a W. BORGIUS

En Breslau

Londres, 25 de enero de 1894

Muy señor mío:

He aquí la respuesta a sus preguntas:

1. Por relaciones económicas, en las que nosotros vemos la base determinante de la historia de la sociedad, entendemos el modo cómo los hombres de una determina sociedad producen el sustento para su vida y cambian entre sí los productos (en la medida en que rige la división del trabajo). Por tanto, *toda la técnica* de la producción y del transporte va incluida aquí. Esta técnica determina también, según nuestro modo de ver, el régimen de cambio, así como la distribución de los productos, y por tanto, después de la disolución de la sociedad gentilicia, la división en clases también, y por consiguiente, las relaciones de dominación y sojuzgamiento, y con ello, el Estado, la Política, el Derecho, etc. Además, entre las relaciones económicas se incluye también la *base geográfica* sobre la que aquéllas se desarrollan y los vestigios efectivamente legados por anteriores fases económicas de desarrollo que se han mantenido en pie, muchas veces sólo por la tradición o la *vis inertiae*, y también, naturalmente, el medio ambiente que rodea a esta forma de sociedad.

Si es cierto que la técnica, como usted dice, depende en parte considerable del estado de la ciencia, aún más depende ésta del *estado* y las *necesidades* de la técnica. El hecho de que la sociedad sienta una necesidad técnica, estimula más a la ciencia que diez universidades. Toda la hidrostática (Torricelli, etc.) surgió de la necesidad de regular el curso de los ríos de las montañas de Italia, en los siglos XVI y XVII. Acerca de la electricidad, hemos comenzado a saber algo racional desde que se descubrió la posibilidad de su aplicación técnica. Pero, por desgracia, en Alemania la gente se ha acostumbrado a escribir la historia de las ciencias como si éstas hubiesen caído del cielo.

2. Nosotros vemos en las condiciones económicas lo que condiciona en última instancia el desarrollo histórico. Pero la raza es, de suyo, un factor económico. Ahora bien; hay aquí dos puntos que no deben pasarse por alto:

a) El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la *causa, lo único activo*, y todo lo demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre, *en última instancia*. El Estado, por ejemplo, actúa por medio de los aranceles protectores, el librecambio, el buen o mal régimen fiscal; y hasta la mortal agonía y la impotencia del filisteo alemán por efecto de la mísera situación económica de Alemania desde 1648 hasta 1830, y que se revelaron primero en el pietismo y luego en el sentimentalismo y en la sumisión servil a los príncipes y a la nobleza, no dejaron de surtir su efecto económico. Fue éste uno de los principales obstáculos para el renacimiento del país, que sólo pudo ser sacudido cuando las guerras revolucionarias y napoleónicas vinieron a agudizar la miseria crónica. No es, pues, como de vez en cuando, por razones de comodidad, se quiere imaginar, que la situación económica ejerza un efecto automático; no, son los mismos hombres los que hacen la historia, aunque dentro de un medio dado que los condiciona, y a base de las relaciones efectivas con que se encuentran, entre las cuales las decisivas, en última instancia, y las que nos dan el

único hilo de engarce que puede servirnos para entender los acontecimientos son las económicas, por mucho que en ellas puedan influir, a su vez, las demás, las políticas e ideológicas.

b) Los hombres hacen ellos mismos su historia, pero hasta ahora no con una voluntad colectiva y con arreglo a un plan colectivo, ni siquiera dentro de una sociedad dada y circunscrita. Sus aspiraciones se entrecruzan; por eso en todas estas sociedades impera la *necesidad*, cuyo complemento y forma de manifestarse es la *casualidad*. La necesidad que aquí se impone a través de la casualidad es también, en última instancia, la económica. Y aquí es donde debemos hablar de los llamados grandes hombres. El hecho de que surja uno de éstos, precisamente éste y en un momento y un país determinados, es, naturalmente, una pura casualidad. Pero si lo suprimimos, se planteará la necesidad de remplazarlo, y aparecerá un sustituto, más o menos bueno, pero a la larga aparecerá. Que fuese Napoleón, precisamente este corso, el dictador militar que exigía la República Francesa, agotada por su propia guerra, fue una casualidad; pero que si no hubiese habido un Napoleón habría venido otro a ocupar su puesto, lo demuestra el hecho de que siempre que ha sido necesario un hombre: César, Augusto, Cromwell, etc., este hombre ha surgido. Marx descubrió la concepción materialista de la historia, pero Thierry, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 demuestran que ya se tendía a ello; y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan prueba que se daban ya todas las condiciones para que se descubriese, y *necesariamente tenía* que ser descubierta.

Otro tanto acontece con las demás casualidades y aparentes casualidades de la historia. Y cuanto mas alejado esté de lo económico el campo concreto que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará la curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá, que cuanto más largo sea el período en cuestión y más extenso el campo que se estudia, más paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico.

El mayor obstáculo que en Alemania se opone a la comprensión exacta es el desdén imperdonable que se advierte en la literatura hacia la historia económica. Resulta muy difícil desacostumbrarse de las ideas históricas que le meten a uno en la cabeza en la escuela, pero es todavía más difícil acarrear los materiales necesarios para ello. ¿Quién, por ejemplo, se ha molestado en leer siquiera al viejo G. von Gülich, en cuya árida colección de materiales se contiene, sin embargo, tanta materia para explicar incontables hechos políticos?

Por lo demás, creo que el hermoso ejemplo que nos ha legado Marx con "*El Dieciocho Brumario*" podrá orientarle a usted bastante bien acerca de sus problemas, por tratarse, precisamente, de un ejemplo práctico. También creo haber tocado yo la mayoría de los puntos en el "*Anti-Dühring*", I, caps. 9-11, y II, 2-4, y también en el III, cap. 1º en la Introducción, así como en el último capítulo del "*Feuerbach*".

Le ruego que no tome al pie de la letra cada una de mis palabras, sino que se fije en el sentido general, pues desgraciadamente no disponía de tiempo para exponerlo todo con la precisión y la claridad que exigiría un material destinado a la publicación....

Nombre actual: Wroclaw. (N. de la Edit.)

Esta carta fue publicada por primera vez sin indicación del destinatario en la revista "Der Sozialistische Akademiker" («El académico socialista»), Nº 20, 1895, por su redactor H. Starkenburg. Por eso, en las ediciones precedentes se mencionaba sin razón a Starkenburg como destinatario.

La fuerza de la inercia. (N. de la Edit.)

Se trata de la obra de G. von Gülich titulada "*Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe und des Ackerbaus der bedeutendsten handeltreibenden Staaten unserer Zeit*" («*Descripción histórica del comercio, la industria y la agricultura de los más importantes Estados comerciales de nuestra época*») publicada en varios tomos en Jena de 1830 a 1845.

Carta a Werner Sombart

En Breslau

Londres, 11 de marzo de 1895

Muy señor mío:

En respuesta a sus líneas del 14 último, permítame que le agradezca su amable envío de su trabajo sobre Marx; ya lo leí con mucho interés en el *«Archiv»* , que me había mandado amistosamente el doctor H. Braun, y me ha alegrado encontrar finalmente tal comprensión de *El Capital* en una universidad alemana. Por supuesto, no puedo identificarme con su interpretación de los puntos de vista de Marx. En particular, me parece que la definición de la noción del valor que se da en las págs. 576 y 577 es demasiado amplia: en primer término, yo la limitaría históricamente, subrayando que es válida para el grado de evolución económica de la sociedad en la que sólo se ha podido y se puede hablar de valor, para las formas de la sociedad en que existe el cambio de *mercancías*, es decir, una producción mercantil; el comunismo primitivo no conocía el valor. En segundo lugar, me parece que la definición lógica también podría ser más estrecha. Sin embargo, eso nos llevaría demasiado lejos. Lo que usted dice es justo en términos generales.

Pero, en la pág. 586, usted apela a mí personalmente y me ha hecho reír el modo gentil con que usted pone la boca de la pistola en mi pecho. Pero puede estar tranquilo, «no procuraré demostrarle lo contrario». Los razonamientos lógicos con ayuda de los cuales Marx pasa de los diversos valores de $P/C = P/(c + v)$ producidos en las empresas capitalistas aisladas a una cuota de ganancia general igual, son absolutamente ajenos a la conciencia de los capitalistas individuales. Por cuanto estos razonamientos poseen cierta pareja histórica o cierta realidad existente fuera de nuestra conciencia, adquieren esa realidad, por ejemplo, con el paso de las diversas partes constitutivas de la plusvalía producida por el capitalista *A* por encima de la cuota de ganancia [general], es decir, por encima de su parte en la plusvalía global, al bolsillo del capitalista *B*, cuya plusvalía *normaliter* es inferior a los dividendos que le tocan. Pero este proceso se opera objetivamente, en las cosas, de modo inconsciente, y sólo ahora podemos formarnos una idea del trabajo que ha costado llegar a la correcta comprensión del mismo. Si para crear la cuota media de ganancia fuese necesaria la colaboración *consciente* de distintos capitalistas, si el capitalista individual *estuviese consciente* de que produce plusvalía y en qué proporciones y que, en muchos casos, debe ceder una parte de la misma, la relación entre la plusvalía y la ganancia estaría suficientemente clara desde el comienzo, y Adán Smith o, incluso Petty, la hubieran señalado.

Según la concepción de Marx, toda la marcha de la historia - se trata de los acontecimientos notables-- se ha producido hasta ahora de modo inconsciente, es decir, los acontecimientos y sus consecuencias no han dependido de la voluntad de los hombres; los participantes en los acontecimientos históricos deseaban algo diametralmente opuesto a lo logrado o, bien, lo logrado acarreaba consecuencias absolutamente imprevistas. Aplicado a la economía: cada capitalista procura sacar la *mayor* ganancia. La Economía política burguesa ha descubierto que ese afán de lograr la *mayor* ganancia tiene como resultado la cuota de ganancia general *igual*, o sea, la ganancia aproximadamente *igual* para cada uno de ellos. Pero, ni los capitalistas ni los economistas burgueses se dan cuenta de que el objetivo real de ese afán es, en definitiva, el reparto proporcional en tanto por ciento de la plusvalía global sobre el capital global.

¿Cómo se produce, pues, el proceso de nivelación? Es un problema de extraordinario interés, del que el propio Marx no dice mucho. Pero toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación. Por consiguiente, aquí habrá que realizar todavía cierto trabajo que Marx, en su primer esbozo, no ha llevado hasta el fin. En lo tocante a esta cuestión encontramos indicaciones, ante todo, en las páginas 153-156, tomo III, parte I, que tienen igualmente importancia para la exposición que hace usted de la noción del valor y prueban que este concepto ha poseído o posee más realidad que la que usted le atribuye. En el comienzo del cambio, cuando los productos se fueron transformando paulatinamente en mercancías, se cambiaban aproximadamente *con arreglo a su valor*. El único criterio de la confrontación cuantitativa del valor de dos artículos era el trabajo invertido para producirlos. En consecuencia, el valor tenía *una existencia inmediatamente real*. Sabemos que esta realización

inmediata del valor en el cambio ha cesado, no existe más. Creo que no le costará mucho trabajo advertir, al menos en rasgos generales, los eslabones intermediarios que llevan desde este valor inmediatamente real al valor bajo la forma de producción capitalista; este último está tan profundamente oculto que nuestros economistas pueden negar tranquilamente su existencia. La exposición auténticamente histórica de este proceso que, hay que reconocerlo, requiere un estudio minucioso de la materia, pero cuyos resultados serían particularmente remunerativos, sería un complemento valioso para *El Capital* .

Para concluir debo agradecerle una vez más por la buena opinión que tiene de mí y que le lleva a pensar que yo podría hacer del III tomo algo mejor de lo que es ahora. No obstante, no comparto ese juicio y creo que he cumplido con mi deber publicando a Marx en las formulaciones de Marx mismo, aunque, posiblemente, eso obligue al lector a tensar un poco más sus facultades de pensar por su propia cuenta... Nombre polaco actual: Wroclaw. (N. de la Edit.)

Normalmente. (N. de la Edit.)

Se trata del artículo de W. Sombart *Contribución a la crítica del sistema económico de Carlos Marx* publicado en la revista *Archiv für sociale Gesetzgebung und Statistik* («*Archivo de la legislación social y estadísticas*»), t. VII, 1894.

En mayo de 1895, F. Engels escribió los *Apéndices para el tercer tomo de «El Capital»: La ley del valor y la cuota de ganancia* y *La Bolsa*.